

EL IMPERIO ROMANO VISTO POR UN HISTORIADOR DEL SIGLO V

Maria Sonsoles Guerras
Universidad Federal de Rio de Janeiro

De Paulo Orosio, historiador, autor de *Los siete libros de historia contra los paganos*, sabemos muy pocas cosas. Nació en la península ibérica, ya al final del siglo IV, pero ignoramos tanto la fecha exacta de su nacimiento como la de su muerte. Era el tiempo de las invasiones de los pueblos germanos, la época en que Alarico, el rey de los visigodos, invadió Roma en el año 410. Este hecho alarmó tanto a Oriente como a Occidente. Había ocurrido lo inaudito: Roma había sido saqueada por los enemigos. Estaba en peligro el mundo, la "paz romana".

Todos buscan una explicación, y tanto san Agustín como Paulo Orosio quieren dar una respuesta. Éste es el contexto en que se escriben *La Ciudad de Dios* y *Los siete libros de historia*.

Paulo Orosio, huyendo de los germanos que habían invadido grandes áreas de la península ibérica, se dirige al norte de África y allí tiene su primer encuentro con san Agustín. Poco tiempo después sigue su viaje para Oriente donde se encuentra con san Jerónimo, que había traducido al latín la obra histórica de Eusebio de Cesárea. Este hecho tendrá gran importancia cuando, más tarde, Paulo Orosio escriba su obra histórica.

En su viaje de vuelta de Oriente pasa nuevamente por África y mantiene otra vez contactos con san Agustín, que en aquellos momentos estaba escribiendo *La Ciudad de Dios*. Agustín pide a Paulo Orosio que escriba una obra que sirva de complemento a *La Ciudad de Dios*. Será una historia de la humanidad donde, por medio de los hechos, se manifiesten los planes de la providencia divina en el correr de los tiempos. Así, mientras san Agustín dará su interpretación global al pasado con argumentos teológicos principalmente, y algo de históricos, Paulo Orosio desarrollará estos últimos exclusiva y exhaustivamente.

Sobre este particular hay una discusión entre los críticos y especialistas. ¿Quién ha influido en quién? ¿San Agustín en Paulo Orosio o se ha aprovechado de sus conocimientos históricos? Es un tema polémico que no queremos hoy tocar.

Como los paganos culpaban a los cristianos del asalto de Roma por Alarico, la obra de Paulo Orosio tiene este título: *Los siete libros de historia contra los paganos*.

Podemos medir, en parte, la repercusión que tuvo este trabajo por la cantidad de ma-

nuscritos que se conservan: 245. Ciertamente, además, no todos habrán llegado a nosotros, lo que nos hace pensar en un número todavía más alto. Sirve también de parámetro el hecho de que Dante colocara a nuestro autor en el Paraíso, junto con Boecio y santo Tomás de Aquino.

Para nosotros hoy, si por un lado reconocemos con los críticos que no es un autor brillante, por otro, como historiadores, tenemos que considerar que su obra es valiosa porque se cuenta entre las poquísimas que conservamos de esta época.

Leemos la obra de Paulo Orosio analizando la idea que el autor tiene sobre el Imperio Romano. Éste es un dato significativo por la época en que se escribió: las invasiones de los germanos, la ruptura de las fronteras y el asalto de Roma. ¿Qué es en este momento el Imperio para Paulo Orosio?: ¿Una realidad política o una especulación religiosa y filosófica?

Creemos que la respuesta debe ser doble: qué es el Imperio Romano al lado de otros imperios cuya historia el texto relata y qué es el Imperio Romano en sí mismo para nuestro autor.

Paulo Orosio, después de hacer un verdadero tratado de geografía universal, en el inicio de su obra, trata la historia de la humanidad con base en la "teoría de los cuatro reinos" o imperios conocidos en el *Libro de Daniel*. Para nuestro autor los imperios son: el de Babilonia, el de Alejandro, el de Cartago y el de Roma.

Por la extensión que le dedica, ya desde el principio, el de Roma es diferente a los demás. Solamente el primer libro, de los siete que componen la obra, no trata de Roma en forma explícita. A partir del segundo libro,

Roma es el centro. Todo será visto, explicado o suprimido en cuanto tenga o no relación con Roma. El primer libro está fuera de este esquema porque relata la historia desde Adán hasta la fundación de Roma exactamente. Y esto no se debe a que nuestro autor haya olvidado o desconozca con detalle la historia de los otros pueblos. Su propósito es bien claro. Declara que tiene muchas cosas que decir y las compara con una selva, lo que lo obliga a ir dando saltos, ya que lo que le interesa son los romanos, "porque los hechos de los romanos, en los que se centra nuestro estudio, son tan grandes que todo lo demás tiene que quedar de lado" (Orosio, *Historias*, I, 12, 1).

Cuando Paulo Orosio compara Roma con los otros imperios ofrece significativas diferencias. El imperio de Cartago es aquel en el que Roma aparece más nítidamente como centro de la acción. Casi nunca se encuentra el nombre de Cartago, la capital, y sí el de Aníbal, el gran general que personificó hazañas que amenazaron a Roma durante las Guerras Púnicas. Es el relato de la acción de un hombre: Aníbal, contra la ciudad de Roma (Orosio, *Historias*, V, 4, 15).

El tratamiento dado al imperio de Macedonia tiene semejanzas con el de Cartago. No se ve un pueblo o una nación. Para Paulo Orosio es un nombre: Alejandro. Baste un ejemplo, entre los muchos que se podrían citar: "Alejandro se dirige a la India para llevar los límites de su imperio hasta el Océano y hasta el extremo Oriente (Orosio, *Historias*, III, 19, 1).

Estos dos imperios en *Los siete libros de Historia* son cortos de tiempo y pasajeros. Desaparecen junto con sus fundadores. El im-

perio de Babilonia es el único que puede ser comparado con el romano.

Son éstas las palabras del autor:

Todas las historias antiguas comienzan en Nino, rey de Babilonia, y todas las historias de Roma parten de Proca, padre de Amulio, abuelo de Rea Silvia, la madre de Rómulo (Orosio, *Historias*, II, 2, 3).

Desde el primer año del reinado de Nino hasta el año en que Babilonia empezó a ser construida se pasaron sesenta y cuatro años y desde el reinado de Proca hasta la fundación de Roma, se pasaron igualmente otros sesenta y cuatro años (Orosio, *Historias*, II, 2, 4).

De este tipo de comparaciones entre Roma y Babilonia se encuentran muchas en la obra de Paulo Orosio. Escogemos otro momento, relativo, ahora, al fin del imperio de Babilonia:

Babilonia fue destruida por Ciro en la misma época en que Roma fue liberada por primera vez de la tiranía de los reyes Tarquinos. Por consiguiente, en una e idéntica coincidencia temporal cayó Babilonia y resucitó Roma. Aquélla sufriendo el dominio de estos pueblos y ésta rechazando la tiranía de los suyos (Orosio, *Historias*, II, 2, 9-10).

Babilonia, capital del Imperio, a los 1164 años de su fundación, fue despojada de sus riquezas y privada de su poderío y de su rey y Roma, tras un número igual de años, ha sido atacada y privada de sus riquezas por los godos y por Alarico, pero no de su imperio, o sea se mantiene e impera incólume. (Orosio, *Historias*, II, 3, 1-2).

O sea: el origen de Babilonia y Roma fue semejante, semejante su poderío, semejante

su grandeza, semejante su duración, semejantes sus bienes y sus males; sin embargo, no ha sido semejante su final, ni igual su desaparición: Babilonia perdió su imperio y Roma lo mantiene. (Orosio, *Historias*, II, 3, 6).

De la lectura de estos textos podemos deducir fácilmente que, para Paulo Orosio, el único imperio verdadero que merece ese nombre es el de Roma. Los otros, aunque hayan tenido algún parecido o semejanza, han desaparecido y sólo el Imperio Romano ha conseguido sobrevivir.

Este Imperio Romano, para nuestro autor, es el que tiene su capital en Roma. Cuando Paulo Orosio escribe ya existe el Imperio Romano de Oriente, con capital en Constantinopla desde el tiempo del emperador Constantino (313). Pero en *Los siete libros de historia* no hay referencias explícitas. Solamente cita tres veces a Constantinopla.

Veamos ahora qué es para este autor el Imperio Romano en sí mismo. Y lo primero que salta a la vista es que el imperio es "paz": "En cuanto a la cantidad y novedad de los bienes, pienso que está suficientemente claro, aunque yo no lo diga: en todo el orbe de la tierra hubo paz" (Orosio, *Historias*, VI, 22, 5). "Paz estable y auténtica" dice en otro lugar (Orosio, *Historias*, VI, 22, 5), como queriendo definirla. Y no sólo esto sino también paz universal. Son éstas sus palabras:

En el año 752 de la fundación de la ciudad, César Augusto, tras juntar bajo una misma paz a todos los pueblos desde Oriente a Occidente, desde el Norte al Sur y alrededor de todo el Océano, cerró él mismo las puertas del templo de Jano (Orosio, *Historias*, VI, 22, 1).

Los beneficios que trae la paz también son objeto de cuidadosa descripción por parte de Paulo Orosio, que dice así:

...el orbe de la tierra se ha recuperado por primera vez con una paz general, abandonando las armas y olvidando las discordias, se prefiere el derecho romano a las armas, se escoge como jueces a los romanos y, finalmente, todas las provincias, las innumerables ciudades, los infinitos pueblos y todas las tierras tienen un solo deseo: servir con interés y entusiasmo para la paz y tomar decisiones para el bien común (Orosio, *Historias*, III, 8, 5-6).

Bellísima explicación de lo que representaba el Imperio Romano en el siglo IV para este escritor.

Pero el Imperio Romano no es solamente esto para Paulo Orosio, aunque esto ya sea mucho. Hay algo mucho más profundo que es la misión providencial de Roma en relación a todos los otros pueblos y naciones. Por esta causa, los otros reinos se relacionan con Roma; por esta causa, Roma recoge la herencia de los anteriores y no la comparte con nadie. La explicación nos la da el propio autor.

...esta paz y serenísima tranquilidad del mundo se debe, no a la grandeza de César, sino al poder del Hijo de Dios que nació en la época de César. [...] De la misma forma que el sol al salir llena de luz el día, así también él, al venir, ha vestido misericordiosamente al mundo con una prolongada paz (Orosio, *Historias*, III, 8, 6).

Esta asociación de César Augusto con el nacimiento de Cristo es el eje fundamental sobre el cual se apoya todo el pensamiento de Paulo Orosio. Y es, sin duda, algo que ya

aparece en la *Historia Eclesiástica* de Eusebio de Cesárea que nuestro autor, ciertamente, leyó durante su visita a san Jerónimo.

El reinado del emperador Augusto es para Paulo Orosio el momento de mayor importancia de la historia romana, por causa del nacimiento de Cristo. Éstas son sus palabras:

Cuando una vez muerto su tío César, entraba en Roma, alrededor de la hora tercia, en un día límpido, claro y sereno, un círculo rodeó la esfera del sol como si fuese una especie de arco celeste. De esta forma parecía demostrarse que el único y más poderoso en este mundo y el realmente más ilustre en el orbe era él, Augusto (Orosio, *Historias*, VI, 19, 5).

O sea, para Paulo Orosio el imperio de César fue preparado en honra de la futura venida de Cristo (Orosio, *Historias*, VI, 20, 4). O con otras palabras del mismo autor: "¿cómo dudar de que había sido predestinado en virtud de una orden de Dios para servir de preparación para Cristo?" (Orosio, *Historias*, VI, 20, 8).

Hasta los menores detalles son, en la obra de Paulo Orosio, una demostración de la grandeza del Imperio Romano por causa de la asociación de Cristo con Augusto:

En su vuelta triunfal de Oriente, César Augusto entró en la ciudad el día seis de enero en que se celebra la manifestación del Misterio de Cristo, o sea, la Epifanía. Ése es el día del triunfo de Augusto: cerró las puertas del templo de Jano, y fue aclamado Augusto, importante título que nadie antes había ostentado (Orosio, *Historias*, VI, 20, 1).

En otro momento hasta los agentes naturales sirven a la idea de Paulo Orosio: su providencialismo histórico.

En esos mismos días [hace referencia al inicio del gobierno de Augusto] una abundantísima fuente de aceite fluyó durante todo el día en una posada. Con esta señal ¿qué otra cosa se evidenciaba sino que en los días de César, que reinaba en todo el orbe, se declaraba el futuro nacimiento de Cristo? Porque Cristo significa “el ungido” en la lengua del pueblo en el cual y del cual nació (Orosio, *Historias*, VI, 20, 6).

Para Paulo Orosio el Imperio Romano es, fundamentalmente, el camino que la Providencia preparó para hacer llegar la buena nueva a todo el orbe. Paz, tranquilidad, una lengua, un derecho, caminos o vías, puentes; en fin, el mundo romano sería la base necesaria, el instrumento indispensable para que los hombres acogieran la buena noticia. Por esta causa, en la visión del *Libro de Daniel*, el último imperio sería el eterno, que no tendría fin. Y ésta, como ya dijimos, es la base en que reposa la ideología de Paulo Orosio: la instrumentalidad del Imperio Romano al servicio de la Providencia.

Para terminar veamos esta afirmación en las propias palabras del autor:

Ese único y verdadero Dios, cuya existencia aceptan, aunque con distintas interpretacio-

nes, todas las escuelas, ese Dios que gobierna los cambios de imperios y de épocas, ha elegido ese Imperio[...]. Durante el reinado de este emperador [Augusto], envió a su propio hijo para que en medio de aquella gran tranquilidad y de aquella paz que se extendía ampliamente, cogiese, sin peligro y rápidamente, la gloria de la Buena Nueva e, incluso, para que, al ir sus discípulos por todas partes a repartir los bienes de la salvación entre todos, tuviesen, como ciudadanos romanos que eran, segura libertad para acercarse y discutir entre ciudadanos romanos (Orosio, *Historias*, VI, 1, 7-8).

A la pregunta hecha inicialmente sobre qué es y qué significa el Imperio Romano para Paulo Orosio, escritor contemporáneo de las grandes invasiones, hemos respondido con sus propias palabras. Con Paulo Orosio, en el siglo V, se inicia en el campo de la historiografía, el providencialismo histórico: Dios es el motor de la historia.

BIBLIOGRAFÍA

OROSIO, PAULO, *Historias*, ed. de Eustaquio Sánchez Salor, 2 vols., Madrid: Gredos, 1982.